

Blanca oyó salir el grito del fondo de las aguas del canal. El nombre de Tiziana la envolvió con la misma cálida caricia de los días invisibles y adivinó que ese grito le estaba destinado. ¿Por qué me iba a correr instintivamente? No podía explicarlo, pero se sintió atraída hacia la otra parte del puente y pronto pasó ante San Giacomo corriendo a todo correr, atravesando callejuelas y canales en dirección al Campo San Polo.

\* \* \*

Julio y Blanca desembocaron al mismo tiempo en Campo San Polo, por extremos opuestos, sin dejar de correr el uno hacia el otro atraídos por la misteriosa fuerza que les había conducido hasta allí. Julio vio como los brazos de Blanca se extendían hacia él.

—¡Tiziana!... gritó.

Y en el mismo instante en que sus brazos iban a encontrarlos, la violencia de un trueno dejó en la oscuridad el Campo San Polo haciéndolo estallar como una inmensa pompa de jabón.

\* \* \*

Había dejado de llover. Julio cogió su maleta con un gesto de resignación y se dirigió hacia la estación, cruzando el puente Scialoja.

\* \* \*

Había dejado de llover. Blanca terminó de cruzar el puente Scialoja y se dirigió hacia su hotel.

\* \* \*

Un tren entra en la estación de Madrid. En su compartimento, Julio piensa en Tiziana.

\* \* \*

Un avión aterriza en Madrid. En su asiento, Blanca piensa con tristeza en unos ojos desconocidos.

\* \* \*

Pero hace un sol de esperanza en esta tarde de agosto de 1980.

## II, NACIMIENTO DE VENUS JULIO VELEZ

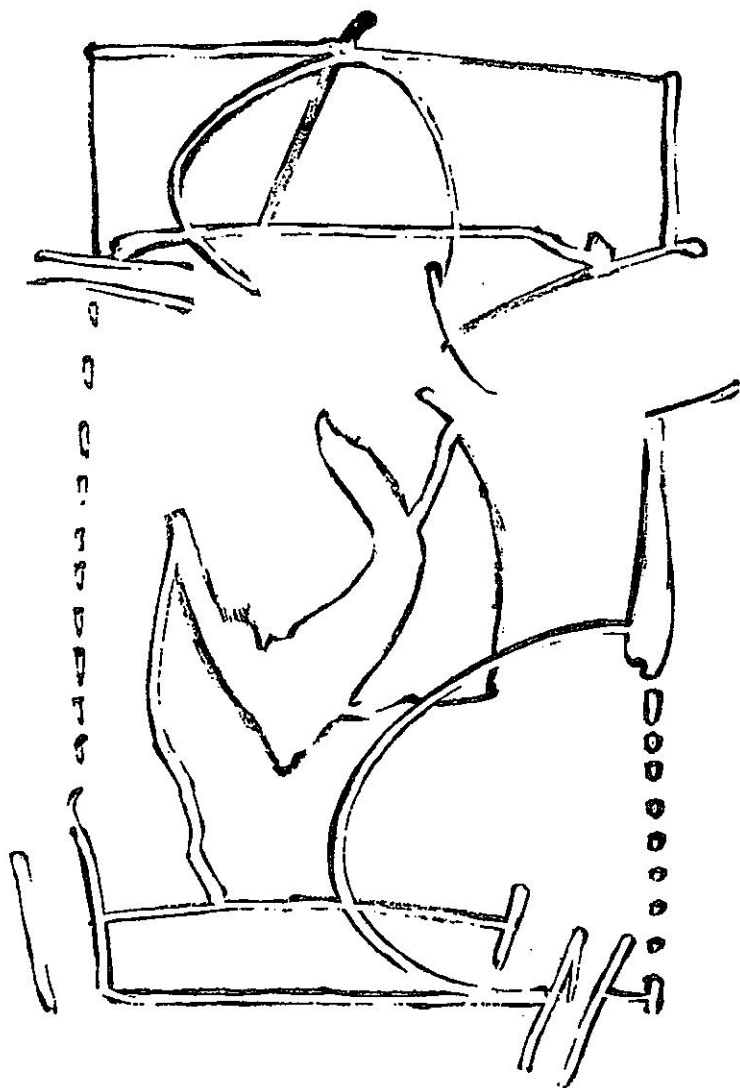
A Luchino Visconti, Dick Bogarde, Thomas Mann y Gustav Klimt.

A Friedrich Hölderlin y a la buhardilla del carpintero Zimmer.  
A Susana, fiorentina, casualidad o magia, embarazo de este mundo.

A Manolo, primer lector imaginario.

A lo largo de mi niñez ya lejana siempre tuve necesidad de inventarme prodigios para poder conciliar el sueño. En rara ocasión mi imaginación era compartida con las agresiones que, muy posiblemente, me impulsaran a esa especie de venganza inocente. Bastaba acurrucarme entre las mantas y doblar las piernas como un ovillo para empezar a ver el mundo de otra manera. A veces, los anacronismos más increíbles parecían de importancia. Yo siempre era mayor; mis padres, al contrario, tenían la misma edad y podía bajar en paracaídas para encontrarme con Robín de los Bosques siendo éste un Caballero de la Tabla Redonda, o bien con Lancelot o Arturo como compañeros de Alonso Quijano.

Durante mi juventud estas historias no decrecieron, mas al contrario podría afirmar que se incrementaron. Como sólo en contadas ocasiones me servían la realidad y lo cotidiano, me veía obligado a inventarlos de nuevo. En la época de mis estudios universitarios esta disposición fue realmente alarmante. Mas tarde, y en el entierro de mi primera mujer, lloré de un modo parecido a como ya lo había imaginado repetidas veces. E igual me ocurrió la primera vez que besé a Iulia al poco de morir Teresa. Solo con la muerte de Iulia empecé a alarmarme. Pero me tranquilicé pronto: a mis confidentes les ocurría algo parecido. Todo esto ha provocado en mi persona una predisposición a los espacios ténues; a las penumbras del alma y los sentidos. Y ahora con sesenta y tres años, tan habituado a inventarme los sucesos, ocurre que son los acontecimientos los que me inventan y me descubren mundos sumer-



...pero tan reales, que en ellos me siento verdaderamente feliz.

Todas estas líneas carecerían de fundamento si en mí el raciocinio no fuera un verdugo constante y pasaría a narraros sin más alguno de los prodigios de los que he sido testigo. Pero como la razón gobierna algunas esferas de mi pensamiento, ha sido ella y no yo, la que me ha dictado estas argumentaciones.

Demasiadas casualidades me empujaron hacia el Arte y de modo muy particular a la Pintura. Las historias que me contaba en la soledad del lecho, de alguna manera, las veía materializadas en los colores y en las superficies del cuadro. No me cabe duda que aún la tela más figurativa está transgrediendo y creando un nuevo entorno; mas cuando con alta cualidad, añadimos algunos gestos de magia, algunas sombras de profundización, creo encontrarme con la armónica medida del color y las líneas. A nadie extrañará pues, que mis preferencias en esta materia se inclinen entre Lippi y Leonardo. Sin embargo, de entre todos, yo prefiero a Botticelli. Y pensándolo ahora desde esta serenidad que me va envolviendo, no sería aventurado imaginar que, en efecto, fue él quien me empujó a trasladarme a Firenze, tras la muerte de Teresa. Entonces yo sabía a ciencia cierta si ésta sería una visita provisional.

La primera vez que visité Firenze me pareció lo que aún hoy, después de treinta años, continúa pareciéndome: un arrullo de palomas. Mi fiel secretario y amigo Doménico me consiguió, no sin esfuerzos, una hermosa mansión en la Piazza della Signoria que todavía habito.

Si la ciudad es un arrullo, no cabe duda que la Piazza es el palomar. Pocas plazas en el mundo tan hermosas como ésta. No solo por el Palazzo Vecchio y la Galería Degli Uffizi, que ya serían suficientes, o por las esculturas de Giambologna o la fuente «Biancone». Es todo el conjunto de la Piazza lo que me atrae. Pareciera siempre dispuesta a volar y abandonar este mundo.

Estaba paseando un atardecer decididamente hermoso por el Mercato della Paglia en busca de algunos regalos con los que obsequiar a unos amigos, que habían prometido visitarme al día siguiente, cuando vi por primera vez a Rossanna. Las mujeres en general y las jóvenes en particular, siempre han sido capítulo importante en mi vida. Sin embargo, Rossanna no despertó en mí ningún tipo de apetencia carnal, sino una insoslayable curiosidad por toda ella. Supuse, probablemente por la longitud con que caminaba, que al igual que yo, estaba buscando algún indefinido objeto con el que obsequiar a alguien. Su edad oscilaría entre los diecisiete y los diecinueve años. Su cabello en ocasiones ambarino, al soltarse como una catarata hasta tocar el suelo y darle el sol, al beber en la fuentecilla del Mercato, tomó un color más frágil y cobrizo. Su

dejadez, la gracilidad nocturna de su cuerpo, quedó por entero iluminado y quizá en ese momento, por primera vez en mi vida, pude entender los versos de Petrarca, que pareciéndome tan enigmáticos y hermosos, con tanta frecuencia me repetía:

PUES SI UN TROZO DE MORTAL TIERRA CADUCA  
PUEDO AMAR CON TAN LOCA FE,  
¿COMO NO TE AMARE A TI, GENTIL CRIATURA?

Bien se que mi oficio no es el de traductor y menos el de poeta. Pero lo que realmente me atrae de la poesía es el nuevo descubrimiento que de ella hago cada vez que me la digo a mi mismo. No es sólo cambiar giros o períodos, sino quitar y añadir palabras. Si estas licencias son o no lícitas, y si debiera o no avergonzarme de usarlas, no me preocupa en exceso. El sentido del ridículo es una de las cosas buenas que la ancianidad nos hace rechazar. Cuando aceptamos la muerte, como una maldición sino como una inseparable camarada, determinados gestos que te parecían antes osados y descorteses, ahora los permites como endógenos a tu espíritu.

Cuando Rossanna terminó, su mano como movida por premoniciones milenarias, rozó suavemente la del joven que desde que ella empezara a beber, esperaba. El en un principio me pasó completamente desapercibido, solo al oír su voz respondiendo a las excusas de Rossanna, le presté atención. Sin duda era napolitano, y no por la locuacidad de su acento o el estado de completo abandono, a que tenía sometida toda su indumentaria. Era el brillo de sus ojos lo que me hizo considerar esta afirmación, junto con una delicada desenvoltura, que me hizo intuir un gran amor hacia la danza.

Pietro, que así se llamaba, supo aprovechar la ocasión y trató de presentarse, los dos se dirigieron hacia el Duomo. La curiosidad pudo más que mis obsequios y, tras pensar que a la mañana siguiente podría enviar a Doménico para que los eligiera, opté por seguirlos a prudente distancia.

No eran muy habladores, mas bien parecían formar parte del silencio de la ciudad. En ocasiones se paraban para ver un color, una piedra, un determinado espacio de luz. Vittorino da Feltre debió dar paseos parecidos a estos para idear su nueva concepción pedagógica, y aunque este Renacimiento no tuvo las dosis religiosas y morales que el nórdico, Pico della Mirandola —que por cierto no goza de mi completa estimación por su acendrado odio a los astrólogos— por aquí debió de

descubrir su «morada de los ángeles», a pesar de que era demasiado aristotista como para llegar a ser excluyente. Si no hubiera leído su «In Astrologiam» y solo conociera su «Oratio de Hominis Dignitate», donde y aquí la cita es posible que de nuevo sea recreación— dice que muestra esencia no es ser «un ser celeste ni terrenal, mortal ni inmortal, sino libres y soberanos artífices de nosotros mismos», sin duda sería uno de los fantasmas que me habitan, junto con Leonardo, Visconti, Mann, Hölderlin... y especialmente Botticelli.

Rossanna y Pietro continuaron caminando despacio en tanto yo andaba mas preocupado por mis fantasmas que por ellos, —error evidentemente imperdonable al ser ellos la sangre y los latidos de la vida —, mientras se habían dado la mano y paseaban muy juntos.

Al doblar Ricasoli y encontrar de frente la Piazza del Duomo nos sentimos transportados a otro mundo. El mundo de los Médicis alcanza una vasta atmósfera su increíble magia. Una ciudad me resulta apática no cuando la conozco al detalle, sino cuando aún conociéndola, deja de sorprenderme, y yo en Firenze siempre seré como un recién nacido con esos enormes ojos puestos en un mundo por descubrir. Siempre amé más a los hombres que a las ciudades, es decir y no es que haya perdido en el ápice del humanismo que considero inherente a mi forma de entender, el mundo, no amaba a las ciudades como algo fuera del hombre, sino que siempre me guiaba por el bullicio o la indolencia, la plogría o la barbárie humanas, para juzgar a las ciudades. Aquí he aprendido que las ciudades tienen vida propia, independiente de nosotros, son en efecto, como hijas nuestras, pero como éstas, habitando otro cuerpo, otros sentidos. Libres de nosotros aunque nos necesitaron para nacer. El Baptisterio del «bel S. Giovanni» de Dante o Santa María del Fiore o el campanario del Giotto, no es suma o multiplicación humanas, es algo que se ha desgajado de nosotros mismos. Y mucho me temo que llevándose buena parte de lo mejor, dada la maldad y el oscurantismo que nos dominan. Pero al irse de nosotros mismos, nos muestra su belleza, la grandiosidad de sus formas, el sueño encantado de la piedra que es capaz —siendo nosotros su creador—, de hacer que nos baile el corazón.

Rossanna y Pietro se sentaron en la escalinata de Santa María y para no llamar su atención redeé toda la cúpula de Brunelleschi, como si fuera un vulgar ladronzuelo a la busca de unas liras, y de esta manera poder observarles desde plena calle como un visitante mas. Al rato se levantaron y doblando por Verdi llegaron a Via Neri donde entraron en el Atbergo della Fonderia. Dudé si entrar yo mismo y pedir otra habitación, pero me pareció demasiado atrevimiento, y prometiéndome levantar

temprano para esperar su salida y poder seguirles todo el tiempo del día dispusiera al día siguiente, decidí volver para descansar las horas que me restaban hasta al amanecer.

Sin embargo apenas si pude conciliar el sueño pensando en los jóvenes, a los que estuve a punto de ir a visitar en plena madrugada pero cuando me decía a mi mismo las justificaciones que usaría para levantarlos del sueño, no era capaz de hilvanar la más insignificante frase coherente, por lo que a desgana esperé que sonaran las seis para despertar a Doménico y encargarle que me sirviera el desayuno y cuando adquiriese los regalos para mis invitados. Así pues, recién dadas las siete me dirigí al Albergo. El nerviosismo me había jugado una mala pasada ya que hubiera sido más sensato llegar más tarde, por lo que tuve que esperar casi tres horas hasta que aparecieron. Rossanna estaba radiante. Adornaba su pelo con unas cintas blancas y había cambiado su blusa por otra rosa haciendo juego con el foulard que jugueteaba sobre su cuello. Pietro sin embargo no había cambiado sus ropas, aunque sin duda se había bañado y los cabellos negros le brillaban de una manera especialmente hermosa.

Pero todos mis sueños se derrumbaron cuando ví que se besaban y despedían. Quise correr a su encuentro para rogarles que no se separaran, mas solo pude oír las últimas palabras de Rossanna diciéndole que sí, que a lo mejor cualquier día se volverían a encontrar.

Cuando era joven me ocurría algo parecido a ellos. El placer y la felicidad; el amor, podía postergarse a cualquier órbita del cuerpo y considerar que al cabo, la casualidad es generada por causas incognoscibles. Sin embargo, el tiempo ha ido tristemente insuflando de racionalidad a mi alma, y en rara ocasión permito que la felicidad pasee dos veces por las habitaciones del cuerpo. Basta que asome a sus ventanas la posibilidad de atraparla para salir tras de ella como el más mezquino de los cazadores.

La separación de Pietro y Rossanna me obligó a tener que optar por abandonar mi búsqueda de no sabía muy bien qué, o por seguir a uno de los dos, y como ella fue la que me condujo a su encuentro, decidí ir tras Rossanna.

Logicamente iba a su espalda y no sé si una vez más la fantasía gobernaba mis pensamientos, pero hubiera asegurado que tenía la mirada nostálgica. Cuando los ojos los llevamos cargados de tristezas lejanas, pareciera como si acariciáramos todas las cosas que nos rodean, y Rossanna parecía más una bolita de algodón que un cuerpo con arterias y plasmas. Se dirigió hacia el Ponte Vecchio tomando

lentamente por Guicciardini para quedarse largo tiempo ante el «Desnacimiento» de Pontorno.

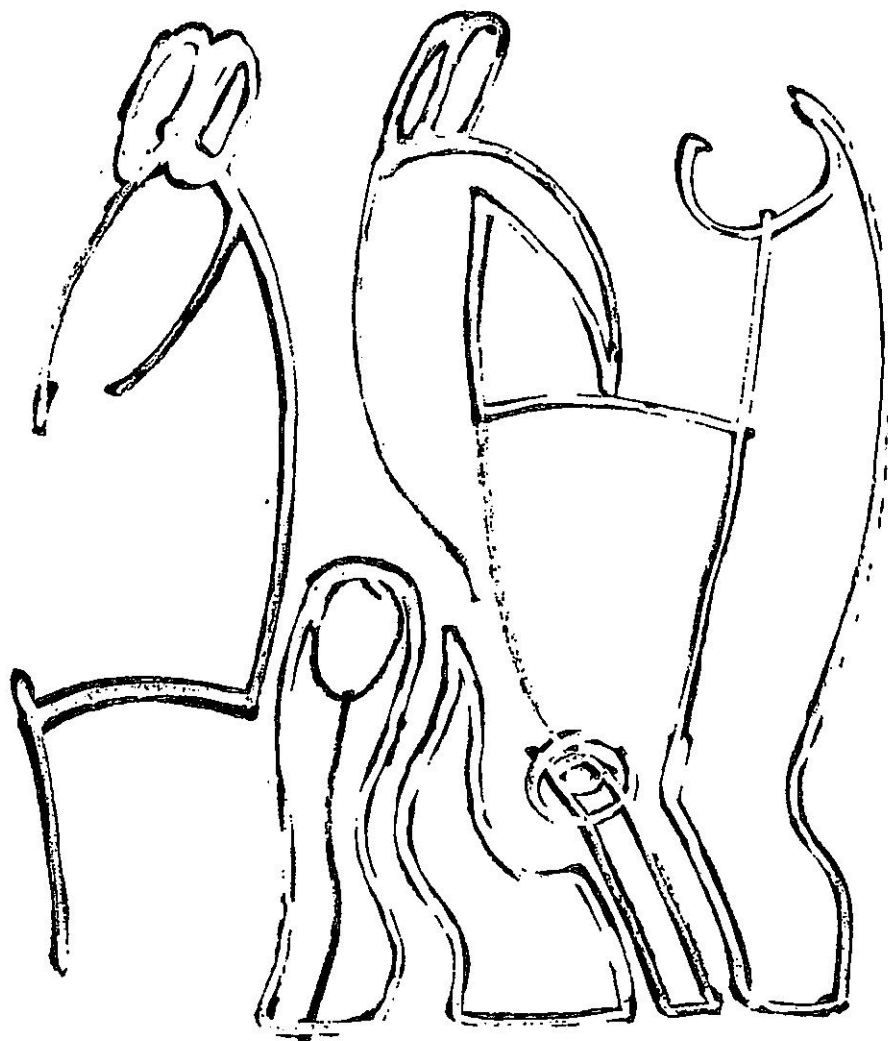
Deberían ser alrededor de las doce cuando Rossanna continuó su paseo. Pasamos ante la casa donde vivió Machiavelli, y no pude evitar un cierto desprecio hacia su obra, que posee en mi opinión un carácter poco satisfactorio y, que en no desprezable medida, puede entenderse como la daga que mató al primer renacimiento que yo tanto amo.

Mis disertaciones me provocan a veces grandes desasosiegos y esto hacen aflorar sentimientos que en nada me son gratos, y estos últimos, estuvieron a punto de conseguir que mi seguimiento terminase en el más desafortunado de los fracasos. Afortunadamente Rossanna se había sentado a comer y no se había alejado demasiado. Esto me hizo recordar que llevaba sin probar bocado desde temprana hora y decidí tomar alguna cosa mientras la esperaba. Al rato Rossanna reinició su paseo aunque ahora parecía tener algo más de prisa. Volvió sobre sus pasos dejando a su espalda al Palazzo Pitti, y me temí que volvía al Albergo para descansar un poco, pero al llegar a la Galería Degli Uffizzi penetró en ella. Las escalinatas de Firenze consiguen agotarme y ésta (lo la Galería es especialmente lastimosa, pero el deseo de seguir todos sus pasos y un ligero presentimiento que poco a poco fué corporeizándose, me dieron ánimos. Atravesamos los vestíbulos y el primer corredor. Conforme íbamos llegando —ya los dos sabíamos que íbamos a algún lado—, nuestros pasos se hacían más intensos. En las salas dedicadas a la pintura fiorentina y lombarda, a las obras del «Gótico Internacional», apenas paramos, solo el Beato Angélico consiguió que mirásemos levemente su «Coronación». Al llegar al Botticelli maduro, ante «El Nacimiento de Venus», sentado en una banqueta se encontraba Pietro. Rossanna se le acercó por detrás y tapándole los ojos, le preguntó que quién era. Pietro atrajo delicadamente su mano a sus labios y durante tiempo se sumergieron en el cuadro.

Al levantarse ellos yo hice lo propio, maldiciendo en mi fuero interno a mis invitados. Supe conformarme sabiendo el Albergo al que se irían, y a la mañana siguiente, en buena parte por culpa del vino que Doménico nos había servido generosamente durante la cena, no llegué hasta pasadas las nueve. Esperé largas e infructuosas horas. Durante días les busqué por todo Firenze sin resultado alguno y poco a poco me olvidé de ellos. Es muy posible que el arca de mis recuerdos los hubiera guardado como un hermoso sueño, si al cabo de unos años no me los hubiese vuelto a encontrar.

La idea de la naturaleza como un sistema independiente, a lo





largo de los años ha ido ganando terreno en mi espíritu y ello, porque  
pero que jamás se me podrá comparar con Cremónimo, el amigo de  
Galileo, que por no tener que renunciar a la astrología aristotélica, se  
fugó a mirar por el telescopio a las estrellas y los astros. Esta sed por  
los nuevos acontecimientos y por sentirme inmerso en mi época, hizo  
que los reconociera. Como hago con bastante frecuencia, me encontra-  
ba de nuevo ante Botticelli cuando ví entrar a una pareja. No cabía duda  
que ella era Rossanna, conservaba aún la suave belleza que hace nueve  
años hizo que la persiguiera durante días sin dirigirle una sola palabra.  
Pero su acompañante no era Pietro. Sin reparar en mi presencia se  
sentó a mi lado. Armado de toda mi osadía iba a dirigirme a ella cuando  
ví entrar otra pareja y detrás mucho bullicio. Sin duda pertenecían a uno  
de esos horribles grupos que nos hacen recordar la «moral del rebaño»  
de Nietzsche y que con demasiada frecuencia irrumpen en Firenze,  
queriéndole robar el alma a cambio de un plato del peor spaghetti. A  
punto estuve de electrizarme cuando el hombre que se había sentado a  
mi otro lado, me preguntó la hora. No solo era la ondulación de su voz,  
sino todo él. ¡Aquel hombre sí era Pietro! Pensé que Rossanna también  
lo habría reconocido y que sería ella la que le contestase. Pero ninguno  
de los dos se reconocieron. Yo vacilé si descubrirles, si gritarles loco de  
alegría que al fin nos habíamos encontrado de nuevo los tres. Pietro  
volvió a inquirirme y por no parecer descortés le dije la hora. Rossanna y  
su acompañante se levantaron y Pietro con todo el grupo lo hizo un rato  
más tarde.

Yo seguí allí solo, con la cabeza entre las manos, triste y  
meditabundo durante largo tiempo. Al levantar la vista y fijarme en esa  
indescriptible belleza de Venus, comprobé que en efecto lloraba, e hizo  
que me levantara avergonzado de vivir en este mundo.